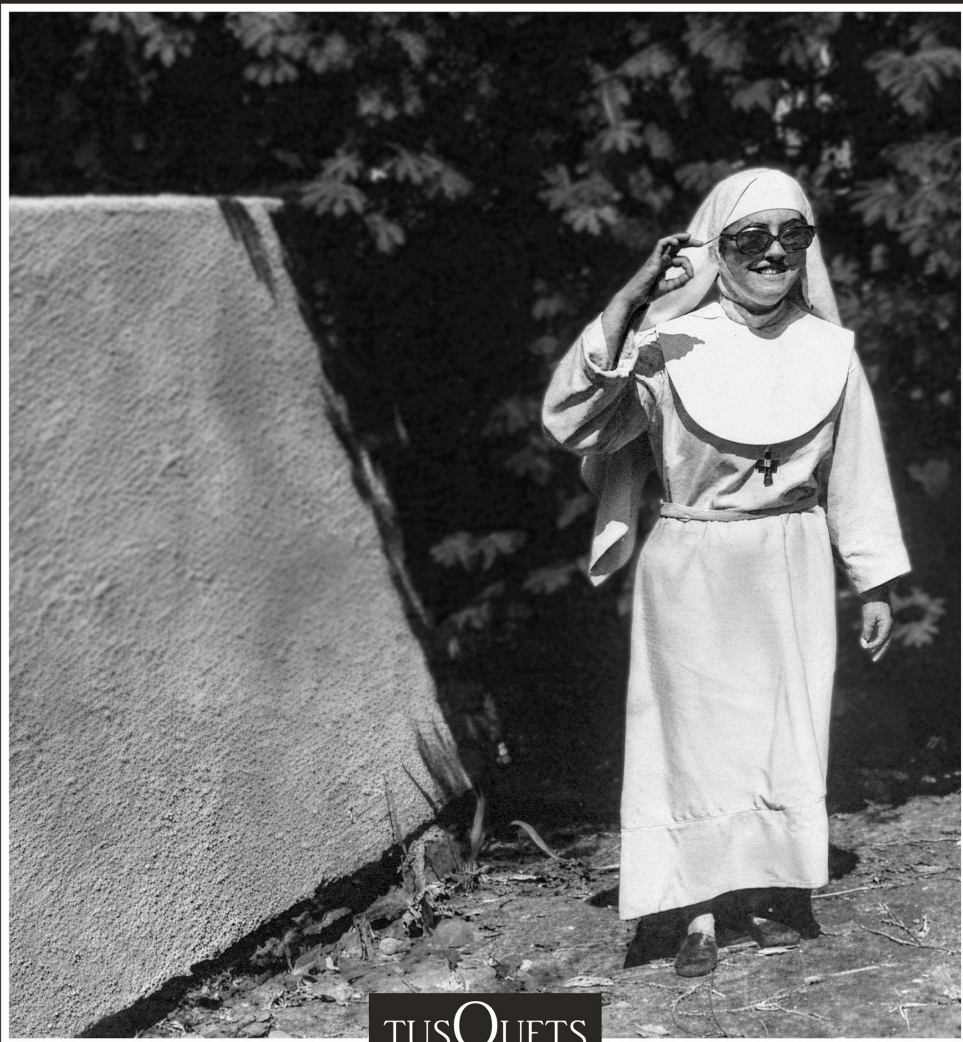


Julia Coria

A TRAVÉS DEL UNIVERSO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JULIA CORIA
A TRAVÉS DEL UNIVERSO

TUSQUETS
EDITORES

Aquel verano, entre la falta de operarios y el aluvión de turistas que se esperaba para los festejos, hubo que recurrir a las monjas.

La idea fue del doctor Giménez Cuevas, naturalmente, ¿no había sido también suya la de rebautizar el pueblo? Hasta quienes en su momento habían estado en contra de la medida debían ahora rendirse ante la evidencia. Pueblo Chico no es nombre para un pueblo pujante, decía el doctor, invita a la gente a seguir de largo, y no pasó demasiado entre que lo designaron intendente y se oficializó la medida, ni tampoco desde entonces hasta el gran anuncio: dado que la fábrica, fundada en 1957, estaba por cumplir veinte años, habría una gran fiesta en la que el mismísimo presidente de la Nación estaría presente.

—Por eso vine a verla, madre.

—¿Le sirvo más café? Se va a atorar, doctor...

—Gracias. Qué delicia estos panes...

—Son apenas unos panes, usted tiene una fábrica de alfajores.

—Me empalagan. En cambio estos panes...

—Y entonces dígame, ¿qué necesita de nosotras?

Aunque, gracias a un generoso crédito contraído durante el gobierno del general Onganía, la fábrica había adquirido maquinaria alemana de punta para automatizar la produc-

ción, la reciente falta de operarios calificados que pudieran manejarlas había puesto al doctor, como intendente del pueblo, a buscar soluciones.

—Y como dueño de la fábrica, ¿no encontró alguna alternativa que justifique la inversión?

—¿Alternativa?

—Los obreros calificados...

—Imáginese, madre, que si pudiera contar con ellos no habría venido a molestarla.

—No es molestia, doctor, solo pensé que quizás sería más sensato...

Pero no eran tiempos para enredarse en soluciones tradicionales. El pueblo, como el país, solo saldría adelante si cada uno asumía sin tantas cavilaciones el papel que le asignaban las circunstancias.

—Entiendo. A usted le asignaron el papel de intendente, ¿y cuál sería el papel que nos toca a nosotras?

—Necesitamos triplicar la producción de alfajores para los festejos.

—¿Quiere que aprendamos a manejar las máquinas?

—Olvídese de las máquinas, madre. Necesito pasteleras.

—Pasteleras... ¿tradicionales?

Muchos años atrás, de novicia, la hermana Aurora había observado alucinada al niño Giménez Cuevas durante las horas y horas de la clase de catecismo: la distancia entre los ojos, ubicados más cerca de las sienes que del centro de la cara, le daba cierto aire equino; pero con el paso de los años, la papada que había comenzado a flamearle por debajo del mentón, no obstante la delgadez, había terminado por darle liso y llano aspecto de lagartija. Afortunadamente, sin esposa, no tenía descendencia. La monja pedía perdón al cielo al ritmo de sus pensamientos.

—Llámelas como quiera, madre. Necesito su colaboración para amasar, cortar y hornear tapas; también para rellenar y armar, cubrir. Necesito envolvedoras.

—¿Y cuántas hermanas deberían asumir esos papeles?

—Todas.

—¿Cuántas cree que somos, doctor?

—Tengo el registro, claro —dijo el doctor Giménez Cuevas palmeando un papel doblado en el bolsillo exterior de su saco, como quien lleva un pañuelo.

—Pero más de la mitad se encarga del catecismo y...

—Y estamos en vacaciones de verano. Acaba de pasar la Navidad y también Reyes, las clases comienzan en marzo. La fiesta es el 19 de febrero. El propio presidente de la Nación...

—Ah, sí, su primo. ¡Hace tanto que no nos visita!

El primo se había dejado los bigotes pero —la hermana Aurora lo confirmaba cada vez que le llegaba un diario de la Capital— conservaba el parecido con el intendente.

—Desde que entró al Liceo. Mientras pudo vino siempre, le encantaba venir.

La hermana Aurora sonrió apenas.

—Su primo presidente, quién lo hubiera pensado...

—Siempre supe que llegaría lejos.

—Todo queda lejos de Pueblo Chico, doctor.

El intendente tomó un trago de café antes de decir:

—Todo quedaba lejos de ese pueblo, sí. Por eso le hemos cambiado el nombre, y ahora el propio presidente nos visita. Las espero desde mañana a las ocho. Usted está exceptuada, por supuesto.

—Y la hermana Herminia, que hizo votos de clausura.

—Entonces que venga la huérfana.

—¿Qué huérfana?

—La chica Campano.

—¿Es huérfana, doctor?

Pero Giménez Cuevas se había incorporado y llevado un último bollo de pan a la boca, por lo que se encogió de hombros antes de saludar con la mano y salir. Cuando al instante golpearon a la puerta, la monja dio por sentado que sería él, que había retrocedido para contestarle; se equivocaba.

—Permiso, vengo a retirar la bandeja.

—Gracias, hermana Lucy.

—¿Se siente bien, madre? ¿La puedo ayudar?

—Depende. ¿Cómo le va con la repostería?

—Mal, madre... es mi perdición: no hago otra cosa que comer desde que llegué, me voy a ir rodando.

—¿Acaba de llegar y ya piensa en irse?

—Es un decir, la verdad es que encantada de la vida me quedaría para siempre.

—En ese caso, qué suerte que el hábito es holgado. —Se rieron las dos—. Por favor, llame a todas las hermanas, tengo noticias para darles.

—¿Sobre los Campano? —Recuperaron la seriedad de pronto.

—Sobre ellos, nada.